

LA ENSEÑANZA MUSICAL EN LAS ESCUELAS

En mi carácter de profesor primario y de escuela normal, me ha correspondido observar la asignatura de música en todos sus múltiples aspectos. Estas observaciones tomadas en el gran libro de la realidad y de la experiencia, estimo que pueden ser de cierta utilidad exponerlas.

El estudio precario de la música en nuestras escuelas, nos impone una seria preocupación, por cuanto las finalidades que en él se encierran son múltiples y de una importancia tal en el desenvolvimiento armónico de las actividades humanas, que es inconcebible que en un país que se precia de culto, no se hayan dado ya los pasos necesarios al efecto de llenar siquiera en parte este vacío. Y cuando hablo de cultura me refiero muy en especial a la cultura de las masas; porque son ellas las que constituyen el verdadero barómetro del progreso de las naciones.

Como profesor primario, responsable de las diversas asignaturas que contempla un programa escolar, llegué al convencimiento de que la música es una asignatura que reclama una situación de predominio entre las actividades escolares. Un concepto que parece un tanto exagerado necesita una explicación. Hay en el mundo una fuerza poderosa que nos abrumba y que desgraciadamente no constituye un ideal humano: el materialismo. Esta tendencia hacia la vida eminentemente práctica, desprovista de todo idealismo, es la que nos induce a cometer actos completamente reñidos con el espíritu humanitario y nos lleva, incluso, a la guerra que es la negación misma de las manifestaciones que nos diferencian de todo ser irracional.

A esta fuerza que aparentemente es incontrarrestable, se opone la más simple, la más sutil de las fuerzas: el arte. La música juega un papel indiscutible, capaz ella sola de contrarrestar la obra negativa del materialismo que nos corroe.

Sé que una de las finalidades que ha tenido en consideración Estados Unidos al dar el fuerte impulso que recibió la enseñanza musical, es la de crear esta fuerza espiritual, a fin de oponer una seria resistencia a aquella otra.

Si la música es acreedora a tal concepto, es porque se le reconoce una serie de finalidades que unidas forman un todo digno de ser considerado seriamente. Una de ellas, la finalidad estética, la que tiene por objeto formar un espíritu sensible ante las bellas manifestaciones que el mundo encierra, es de importancia tal que sólo este aspecto de la música justificaría cualquiera acción tendiente a mejorar nuestra enseñanza.

La historia nos demuestra que donde la civilización ha alcanzado un desarrollo prominente es en donde las manifestaciones artísticas han adquirido un fuerte impulso. El pueblo hebreo; Grecia, con su Siglo de Oro; la Edad Media en el siglo XIII, con su pre-renacimiento, en el que figuran personajes como Alfonso el Sabio, el Dante, Ricardo Corazón de León, etc.; el Renacimiento, con la

formación de las Escuelas Franco-Belga, Italiana, Española, Inglesa, Alemana, en las que descollaron personalidades como Victoria, Palestrina, Lassus, Schütz, etc., son argumentos más que poderosos que nos impulsan a concebir que la música debe complementar la obra cultural en que las otras actividades del saber humano están empeñadas.

Las religiones de todos los tiempos y de todos los pueblos encontraron en la música el más poderoso medio de propagar y mantener su fe; basta sólo recordar la obra de Lutero, quien no podría concebir que un maestro de primeras letras no estuviera preparado para enseñar música. Desde esa época se cantó en la iglesia, en las ciudades, y hasta el más apartado rincón de Alemania pudo saborear la grandeza de este nuevo concepto.

El gran maestro y estadista don Pedro Aguirre Cerda, dió un primer paso oficial hacia los fines que propugnamos de educación del pueblo.

La modesta opinión del que habla, es que el problema del alcoholismo y tantos otros males que nos aquejan, se combatirían con mayor eficacia, no sólo dando sanos entretenimientos al pueblo, sino haciéndolo actuar de tal manera que sienta el peso de una responsabilidad que voluntariamente se impone.

Desprendiéndonos del aspecto estético y social, las dos finalidades más importantes de la educación musical, podemos considerar aún el aspecto económico. En esto la escuela no ha dado el menor paso en el sentido de orientar a niños con extraordinarias dotes musicales que con frecuencia pasan por los establecimientos educacionales. Estos niños salen de una escuela primaria o de un liceo sin saber que llevan consigo una fortuna que en la mayoría de los casos jamás descubrirán; y es una fortuna que pierde el individuo y que pierde el Estado, porque no se le ha dado la oportunidad de hacerlo ingresar a la lista de los valores musicales que el progreso cultural de nuestro pueblo reclama.

El triple carácter de la música como idioma, como arte y como ciencia es otro factor más que se agrega a la lista de motivos indiscutibles que imponen una revisión inmediata de nuestros elementales medios de difusión cultural y darle el lugar que le corresponde junto a las otras asignaturas de nuestro programa de enseñanza.

Tanto por sus altas finalidades como por estos tres aspectos de la música que señalamos, no debiera figurar dentro de los ramos que hoy, en forma despectiva, llamamos *ramos técnicos*. Pero es probable que de esto tengamos la culpa nosotros mismos. La casi totalidad del profesorado, tanto secundario como primario, ha entendido la enseñanza del canto en la forma más simple y rutinaria que nos es dable imaginar. Nuestro horario dice «Canto» y nos lanzamos a enseñar cantos sin pensar si los alumnos han de obtener algún provecho o simplemente han de perder su tiempo. No peco de errado si afirmo que esta palabra «Canto» tal como figura en los programas y horarios, ha traído como consecuencia la de enseñar melodías durante los seis años de escuela primaria, para continuar

con la misma tenacidad durante los seis años de enseñanza secundaria. La interpretación literal de esta palabra, nos ha llevado al extremo de forjar un método de lo más primitivo y que hoy con rara uniformidad se emplea en todos los sectores de nuestra enseñanza; es el método basado en la imitación, por medio del cual el alumno repite hasta el cansancio frases y frases de melodías que por lo general no tienen ningún alcance pedagógico ni estético.

El triste resultado de tal enseñanza no se ha dejado esperar: un bachiller que durante doce años de estudios ha asistido a un mínimo de 400 horas de Canto, carece de toda noción de música. Pero esto no es lo más desagradable. Ese joven bachiller, luego de ignorar por completo lo más elemental de este arte, llega a la convicción de que esas 400 horas de asistencia a Canto sólo le sirvieron para perder el tiempo, y deduce que este ramo no tiene ni importancia ni objeto alguno. La deducción de esta juventud, que pasa a formar la gran masa de analfabetos musicales, se justifica plenamente, por desgracia.

Desde el año 1928 a esta parte, hemos estado empeñados en reformar nuestro sistema pedagógico; se han hecho ensayos con resultados más o menos halagadores; sólo en música se ha seguido inflexiblemente con el sistema ya indicado.

En la generalidad de los ramos han participado tanto el catedrático como el simple profesor; en música sólo hemos visto el interés de unos pocos de arriba y la indiferencia de los otros. No es ya por falta de técnica pedagógica, ni de la ausencia de una determinada orientación; es probable la convicción, errada por cierto, de que con una hora semanal de clase no es posible pensar en algo serio. Hay factores, desgraciadamente, que contribuyen a que se deduzca así en forma tan poco promisoría; desde luego, para muchos jefes de establecimientos educacionales, la clase de Canto debe estar destinada a la preparación de coros que han de formar parte de un próximo programa de festejos.

Es probable que la cuota mínima semanal de clases que el reglamento consulta y la denominación de *ramo técnico*, se debe en gran parte a que nosotros mismos no hemos sabido demostrar ante las autoridades, muchas de ellas ajenas a la realidad del concepto de educación musical, que ésta no se reduce al simple aprendizaje de cantos corales, sino que la música es un idioma, un arte y una ciencia que hay necesidad de estudiar desde niño para poderlo dominar en la edad madura.

A todo esto, y para terminar, habría que agregar el hecho de que el normalista que, por aptitudes y vocación está en condiciones de orientar su trabajo hacia esta especialización, tropieza con que no se le ofrece ni el menor aliciente para proseguir esta labor, que es dura y de sacrificio.

He aquí una síntesis del estado actual de nuestra enseñanza musical:

-
- I.—Deficiencias principales:
- a) En los métodos.
 - b) En la orientación profesional, y
 - c) Apatía de las autoridades.
- II.—Deficiencias de los programas y falta de correlación, con la demás enseñanza, y
- III.—Falta de aliciente dentro del profesorado especial.
- De todo este cuadro se desprende la necesidad de abordar los siguientes problemas:
- I.—Preparación técnica-pedagógica del personal.
 - II.—Revisión de los programas de enseñanza primaria y secundaria.
 - III.—Organización especial de la educación musical en el país, y
 - IV.—Formación del escalafón para profesores especiales de música.

FIDEL CÁRCAMO.